

su título parece puramente técnico: Cuidados del enfermo en fase terminal y atención a su familia. Pues bien, siendo efectivamente un libro técnico-médico —escrito por médicos y para que las personas del mundo sanitario sean capaces de atender correctamente a los enfermos llamados terminales (un eufemismo para referirse a los moribundos, que se ha impuesto en la literatura médica y también en la pastoral), la obra tiene unos presupuestos antropológicos tan marcados que la hacen merecedora de espacio en esta revista.

Es la primera obra escrita en castellano que trata con rigor científico de los cuidados paliativos. Se refiere ampliamente a cómo combatir el dolor o controlar los síntomas en enfermos terminales, con cáncer, sida, o cualquier otra patología. Sin embargo cuando se refieren al tramo final de la vida, los autores tienen muy presente la dimensión trascendente de la persona humana. Y lo hacen con rigor y corrección.

Así, por ejemplo, el capítulo 6, al abordar las necesidades de los pacientes en fase terminal, alude —junto a las evidentes necesidades biológicas, psicológicas y sociales— a la búsqueda de un sentido de la vida y a las necesidades espirituales que afloran o se intensifican en esos momentos: «El paciente tiene derecho a esperar que sus creencias espirituales sean respetadas y escuchadas con atención. Si hay respeto y confianza mutuas y el ambiente es apropiado, el paciente comparte generalmente sus experiencias y anhelos espirituales, lo que genera un notable bienestar. Nuestro deber como equipo de apoyo es facilitarle, si así lo desea, la participación en las actividades religiosas, privadas o comunitarias, y darle la necesaria intimidad y el oportuno acceso a los consejeros espirituales» (p. 72).

De este modo, se recuerda a los profesionales de la salud que la preocupación por los aspectos espirituales del enfermo no es tarea exclusiva del capellán del cen-

tro sanitario, sino que —en grados diversos— corresponde a todos los que forman parte del equipo sanitario.

Pero es sobre todo el capítulo 25 (El sufrimiento en los enfermos terminales) donde aborda con más amplitud esta cuestión. Llama la atención, y alegra sobremanera, encontrar un texto como éste: «La enfermedad terminal, por la proximidad de la muerte, determina, tanto en los creyentes como en los no creyentes, un proceso de interiorización y de reencuentro en la soledad del espíritu... En este estado es frecuente que nos preguntemos: ¿Cuál es el significado de la vida? ¿Qué es el hombre? ¿Existe Dios? ¿Cuida Dios de nosotros, nos escucha y comprende? ¿Por qué sufro? ¿Existe algún motivo para el sufrimiento y la enfermedad? ¿Es ésta inevitable? ¿Qué pasa después de esta vida? ¿Ha valido la pena vivir?» (pp. 267-68).

Son notables igualmente las reflexiones acerca del sentido del sufrimiento. Tras poner de manifiesto su carácter de misterio, se dan algunas pautas para valorarlo y sobre todo para saber responder adecuadamente a las inquietudes espirituales de los enfermos. Así, en unos casos, se aconsejan técnicas de relajación y en otros, sorprendente pero gratamente, el recurso a la oración.

Estamos, pues, ante una obra técnico-médica en la que por tratarse de un tema comprometido (la vida que termina), sus autores no ocultan su condición de creyentes y logran ofrecer una atinada síntesis de ciencia y fe que se agradece de veras.

M. A. Monge

CONSEJO PONTIFICO PARA LA PASTORAL DE LOS AGENTES SANITARIOS, *Carta de los Agentes de la Salud*, Editorial Palabra, Madrid 1995, 140 pp., 13 x 20

Con fecha 11 de febrero de 1985, el Papa Juan Pablo II instituyó, con la Car-

ta Ap. *Dolentium hominum*, la Comisión Pontificia para la Pastoral de los Agentes de la Salud. Tres años después, esta Comisión pasaba a ser Consejo Pontificio, asumiendo, como cualquier otro dicasterio, plena autonomía (cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, 2, 2). Entre sus tareas esenciales está —según el documento de constitución— la de «difundir, explicar, y defender las enseñanzas de la Iglesia en materia de sanidad, y fomentar su penetración en la práctica sanitaria».

Muy pronto (el primer número sale en 1986), la Comisión lanza una revista cuatrimestral, editada en cinco idiomas (italiano, castellano, francés, inglés y alemán), con el título de «*Dolentium hominum*», que pretende ser una demostración concreta y eficaz de su intento prioritario de «erigirse en instrumento de contacto directo, de cooperación y de coordinación de cuantos —y entre cuantos—, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, en la Iglesia, trabajan en el área inmensa de la sanidad y de la salud». La revista, ya en su año décimo de edición, es muy prestigiosa y goza de gran predicamento en el ámbito de la pastoral de la salud.

Cabe también señalar que este Pontificio Consejo organiza cada año, en el mes de septiembre, un Congreso internacional que reúne en el Vaticano a los mejores especialistas en la materia tratada (entre los que siempre hay varios premios Nobel) y congrega cerca de un millar de asistentes. Para darse idea de lo ambicioso del proyecto, basta recordar el elenco de los temas tratados hasta ahora: el fármaco al servicio de la vida humana (1986), humanización de la medicina (1987), longevidad y calidad de vida (1988), el sida (1989), la mente humana y la salud mental (1990), droga y alcoholismo contra la vida (1991), las personas minusválidas en la sociedad (1992), el niño es el futuro de la sociedad (1993), conocer, amar, servir la vida (1994), de Hipócrates al buen samaritano (1995).

Después de varios años de trabajo, y tras recabar la opinión de gran número de expertos de todo el mundo, este Consejo Pontificio ha publicado la *Carta de los Agentes de la Salud*, que viene a ser un código deontológico en torno a los grandes temas del quehacer sanitario: salud y enfermedad, vida y muerte, etc. Como dice el cardenal Angelini en la presentación, «los extraordinarios progresos de la ciencia y de la técnica en el vastísimo campo de la sanidad y de la salud han convertido en disciplina específica a aquella que actualmente se denomina Bioética, ética de la vida. Esto explica por qué, sobre todo a partir de Pío XII, el Magisterio de la Iglesia ha intervenido con creciente atención, con coherente firmeza y con directrices siempre más explícitas sobre los complejos problemas implicados en la inseparable relación existente entre medicina y moral. Ninguno de estos problemas puede actualmente considerarse terreno neutro cuando se confrontan la ética hipocrática y la moral cristiana. De ahí la exigencia, rigurosamente respetada por la Carta de los Agentes de la Salud, de ofrecer una síntesis orgánica y exhaustiva de la posición de la Iglesia sobre todo aquello que pertenece a la afirmación, en el campo de la salud, del valor primario y absoluto de la vida: de toda la vida y de la vida de cada ser humano».

Por todo ello nos parece muy conveniente esta Carta. Muchos de los actuales Códigos deontológicos suelen tener una gran limitación; al no partir de principios morales *objetivos* y aceptando de hecho lo que se denomina «*pluralismo ético*», terminan en formulaciones bien intencionadas, válidas para muchos casos, pero que eliminan de propósito los temas que pueden resultar *conflictivos*, tales como la inviolabilidad de la vida humana, el sentido de la sexualidad, etc. Es frecuente, por ello, que tomen una actitud ecléctica. De ahí que sea necesaria en

nuestra sociedad pluralista, y precisamente en razón de ese pluralismo, que existan textos como el que reseñamos, que intentan dar a conocer a los creyentes, con sencillez y profundidad, un perfil nítido e inequívoco de la sabiduría moral católica.

Después de presentar en la Introducción la figura y los deberes esenciales de los agentes de la salud, o mejor, de los «ministros de la vida», como se les denomina, la Carta concierne sus directrices en torno al triple tema del *generar*, del *vivir* y del *morir*. Son directrices sintéticas, sencillas, nada farragosas. Es muy de agradecer que en la redacción del documento se ha preferido casi siempre «ceder directamente la palabra a las intervenciones de los Sumos Pontífices o de los textos autorizados publicados por los Dicasterios de la Curia Romana. Intervenciones que demuestran hasta la evidencia cómo la posición de la Iglesia sobre los problemas fundamentales de la bioética, manteniendo firmes los límites insuperables de la promoción de la vida, es altamente constructiva y abierta al verdadero progreso de la ciencia y de la técnica, cuando éste se une con el de la civilización» (pp. 6-7). Es significativo que las 286 citas a pie de página están tomadas de textos magisteriales.

Son múltiples las cuestiones tratadas: desde la valoración ética del alcoholismo, el tabaquismo o el uso de los fármacos hasta la asistencia médica y espiritual al moribundo, pasando por la procreación artificial o la experimentación en embriones humanos, el suicidio, el aborto o la eutanasia. Pero mejor será dejar constancia del índice, que da idea de la amplitud de los temas analizados:

En la parte primera (bajo el epígrafe «Engendrar»), se analiza: la manipulación genética, la regulación de la fertilidad, la procreación artificial.

En la parte segunda («Vivir») se trata de: origen y nacimiento de la vida, el

valor de la vida: unidad de cuerpo y alma, indisponibilidad e inviolabilidad de la vida, el derecho a la vida, la prevención, la enfermedad, el diagnóstico, el diagnóstico prenatal, tratamiento y rehabilitación, analgesia y anestesia, el consentimiento informado del paciente, investigación y experimentación, donación y trasplante de órganos, la dependencia, droga, alcoholismo, tabaquismo, psicofármacos, psicología y psicoterapia, Pastoral y Sacramento de la Unción de enfermos.

En la parte tercera («Morir») se habla de: los enfermos terminales, morir con dignidad, uso de los analgésicos en los enfermos terminales, decir la verdad al moribundo, el momento de la muerte, la asistencia religiosa del moribundo, la supresión de la vida, el aborto, la eutanasia.

Estamos, pues, ante un libro que deberían conocer todos los agentes de la salud, médicos, enfermeras y capellanes especialmente, pero también farmacéuticos, personal administrativo, voluntariado, y todos los familiares implicados en la vida y salud de los suyos. Es además, muestra de la gran vitalidad de un organismo de la Santa Sede que se ocupa de dinamizar la Pastoral de la Salud en la Iglesia Católica y por tanto, de hacer presente el mensaje de Jesucristo en el mundo, a veces duro, pero enormemente enriquecedor, de la enfermedad.

M. A. Monge

José María CARDA PITARCH, *Los porqués del Evangelio. 300 dudas y preguntas*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1995, 223 pp., 13 x 21

El contenido de este libro no deja de sorprender cuando uno se adentra en su lectura. Por el título da la impresión de que nos encontramos con un conjunto